

No tienes que ver el cielo



Lorena Flores

Ilustraciones de Jazmin Villagrán


loqueleo
SANTILLANA

Índice

Las ventanas, ¿cantan o tiemblan?	7
El nuevo amigo de Sara	17
Ramitas para Valentín	23
Entre árboles y dibujos	31
El vuelo	51
Un día sin sol	69



Las ventanas, ¿cantan o tiemblan?

Las copas de los árboles se movían más que de costumbre. Se escuchaba el viento cantar con mucha fuerza. Su voz era ronca. Formaba torbellinos que chocaban contra las ventanas, y los vidrios se sacudían como quien tiembla de frío.

Cuando Sara abrió sus ojos la casa estaba silenciosa. El sol no terminaba de despertarse y un aroma de ternura se sentía por toda la casa, sí, un olor a miel con un toque de limón.

Hacía frío. Tal vez era eso lo que obligaba a todos a permanecer en cama, incluso al sol. Las aves y la abuela también continuaban en silencio.

Esa mañana era extraña. La abuela aún no llegaba a darle el beso de buenos días. Mamá Carmen, que así se llamaba, llegaba cada mañana cantando a despertarla.

Mamá Carmen y Sara compartían todo, incluyendo algunos aburridos oficios de casa. Eran inseparables. Desde que la abuela vivía en casa, Sara había aprendido mucho. Nadie más le enseñaba con tanta paciencia como Mamá Carmen.

Con ella aprendió a sembrar en el jardín, la forma de arrancar la mala hierba, los nombres de las flores. También, algunas tardes de invierno, aprendió cómo hacer el punto atrás y la cruzeta. No podían faltar la carpintería y la cocina: Mamá Carmen le enseñó cómo usar un martillo y hasta cómo hacer dulce de leche.

El dulce de leche era lo mejor de todo lo que le había enseñado su abuela. A Mamá Carmen le

había enseñado su bisabuela, y a su bisabuela le enseñó su abuela; sí, la receta venía de muchas abuelas atrás. La mamá de Sara no había querido aprender, así que la abuela se sentía contenta de que Sara tuviera ganas de hacerlo. Es más, Sara le diría a Mamá Carmen que prepararan dulce de leche ese fin de semana, así José y Susana lo probarían al venir de visita.

La idea sacó de la cama a Sara: «¡Mamá Carmen, Mamá Carmen!», entró gritando en la habitación. «¡Te gané! Me levanté antes que tú», gritaba mientras la abrazaba. «Vamos, vamos, levántate, es hora de desayunar. Vamos, abuela, que ya es tarde», dijo Sara, tomando de la mano a su abuela.

Salieron juntas de la habitación. La casa estaba llena del canto del viento y las ventanas continuaban temblando. Mientras Mamá



Carmen cocinaba la avena y preparaba un rico chocolate, Sara ponía la mesa esperando que su abuela olvidara servir ese plato que tanto evitaba. «No me gusta la avena, solo quiero chocolate y pan», decía Sara encogiendo la nariz y arrugando un poquito la frente.



Mamá Carmen tenía mucha paciencia, y con su voz dulce acarició su mejilla y le dijo: «La avena es buena para ti. Si no la comes no hay chocolate y te perderás de esta rica bebida caliente».

Sara hundió la cuchara en el plato de avena, haciendo una espiral por donde salía humo. Con su nariz aún arrugada respondió: «Está bien, abuelita», y la cuchara cargada de avena tibia se dirigió a su boca.

Al principio, Sara comió con poco ánimo. La avena definitivamente no era su amiga, pero poco a poco fue gustándole más. La abuela le había puesto un poco de canela y unas fresas en trocitos como sorpresa.

Después de la avena vino el chocolate. Cuando dio el último trago cerró los ojos y sintió con más intensidad el sabor. ¡Qué rico estaba! Cuando terminó recogió sus platos, le dio un beso

a la abuela, pasó dándoles los buenos días a sus padres y corrió a bañarse. Se le hacía tarde.

«Recuerda hacer tu cama y recoger la ropa sucia», dijo su madre desde la habitación. Mientras Sara se bañaba, la abuela le preparaba la merienda para la escuela. Su merienda siempre era de las más deliciosas de toda la clase. A la hora del receso sus amigos hacían fila para preguntarle qué había llevado, y algunos hasta le pedían una probadita.

«¡Qué frío!», decía Sara mientras buscaba qué ponerse. El invierno era una época para ponerse mucha ropa, y a Sara eso no le parecía divertido. «¿A quién le gusta envolverse bufandas y gorros?», se preguntaba.

Sara no había decidido qué ponerse y Mamá Carmen ya había terminado de preparar su merienda. Ahora le ayudaría a decidir. A Sara

le encantaban las combinaciones que su abuela inventaba. «No me gusta la ropa calientita, es muy apagada», decía Sara. «Todo es oscuro: las botas negras, el pantalón azul y el suéter gris», agregó, poniendo su nariz y su frente arrugadas. «¿Qué te parece si sobre todo eso te pones tu bufanda de arcoíris?», dijo Mamá Carmen con sus ojos llenos de luz.

«Sí, la que tejimos en vacaciones», dijo Sara, emocionada, y agregó: «¿Recuerdas, Mamá Carmen, yo enrollaba lana en una bolita mientras tú ibas separando los hilos. Tienes que enseñarme a tejer. Le pediré a mamá que compre lana cuando salga de compras. Ahora quiero hacer una verde que sea muy brillante».

Sara cogió la bufanda y la enrolló alrededor de su cuello, justo como su abuela le había enseñado. Cuando terminó de vestirse volvió al espejo,

que esta vez reflejaba una imagen más brillante. «Podemos hacerle una bufanda a tu maestra. Será un regalo para agradecerle lo que te ha enseñado», dijo Mamá Carmen muy sonriente.

Después de cepillar su cabello y trenzarlo, la abuela le dijo que iría a su habitación. Hacía mucho frío para sus huesos y quería descansar un rato más. Qué rico sería quedarse con ella en la cama, pensó Sara, pero no tardó en reaccionar: la abuela nunca se iba a la cama tan temprano. Algo le pasaba, pero no lograba descifrarlo.

Quizá el extraño frío estaba haciendo su efecto en Mamá Carmen. Además, en un lugar que es normalmente caluroso, como en el que vivían, cualquiera se ve afectado cuando aparecen las nubes que cargan con el frío. Si las ventanas temblaban, imagínense cómo podrían estar las abuelitas.